



# LA YERBA MATE

POR DANIEL VIDAL

EL LEGADO  
DE LOS  
GUARANÍES

## LA GACETILLA

el suplemento  
de *raíces* con  
proyección  
al futuro

**E**

l nombre y la historia de la yerba mate padecen una serie de equívocos e ideologizaciones. El nombre, para empezar, es totalmente desacertado. No se trata de una yerba sino de la hoja de un árbol: los responsables del yerro fueron los colonizadores españoles, quienes la recibieron de los indios ya elaborada, es decir, molida y torrada. Bernabé Cobo, cuyas observaciones botánicas acerca de las plantas americanas han sido alabadas por científicos contemporáneos, dio cuenta de este error en su **Historia del Nuevo Mundo**, escrita alrededor del 1653: «Hállase este árbol solamente en la tierra de los indios gentiles y de guerra, y de ella sacan a vender la hoja seca los españoles, los cuales, como no han visto el árbol sino la hoja, la llaman comunmente **Herba del Paraguay**, siendo, como es, hoja de árbol». En cuanto a la voz mate, si bien es originaria de nuestro continente, nada tiene que ver con la denominación con que los guaraníes conocían a la calabacilla **Lagenaria vulgaris**, diseminada en toda Sudamérica. Mate viene de **mati**, un término quechua traído al Río de la Plata por los carreteros que iban al Alto Perú y de allí regresaban con mercancías y palabras que se han quedado para siempre entre nosotros: pucho, cuzco, poroto, changa, chicharra, carpa, cumpa, bagre, quincha, payana, totora, achura, guasca, mocho, chala, chuño, chaucha, etc. El **mati**

tuvo otro nombre en guaraní: se denominaba **caaguá**, y significa recipiente (guá) para el agua (i) y la yerba (caá).

Los indios guaraníes formaban, conjuntamente con los tupíes, un grupo lingüístico muy importante en América tropical. Ambos pertenecían a la raza que se ha denominado **brasílda** por algunos antropólogos y **amazónida** por otros. La cultura de estos indios ha sido clasificada como de tipo silval por J. Cooper (1942). Eran plantadores poco evolucionados, y no agricultores como los indígenas andinos. Su repertorio alimenticio debía tanto a la caza y a la pesca como a la recolección y cultivo de especies vegetales domesticadas. Los guaraníes practicaban la plantación itinerante, lo cual permitía la regeneración de la floresta pues al cabo de dos o tres cosechas abandonaban el sitio y desbrozaban otro campo para practicar allí el cultivo. Escogido el sitio, cortaban árboles, dejando los tocones, quemaban luego los troncos y ramas, y en ese claro de la selva, mediante un palo plantador (**ybyrajacuá**) con la punta endurecida mediante la técnica fuego-agua, sembraban mandioca (**manlog**), maíz (**avati**), porotos (**cumandá**), zapallos (**andái**), batatas (**yefi**), maníes (**mandúví**), tabaco (**pety**) y algodón (**mandiyú**). Tejían el algodón y con las fibras y maderas del reino vegetal fabricaban un repertorio de útiles muy variado, dentro del cual figuraban in-

genios tan sutiles como el **tipiti**, el exprimidor de la mandioca brava, usado para extraerle el ácido cianhídrico. Los guaraníes eran diestros en el arte plumaria, cuyo espléndido desarrollo confirma cualidades estéticas que van más allá de la simple artesanía. El lado oscuro de su cultura estaba configurado por la antropofagiaritual, un fenómeno que si se le compara con los peores momentos de la Inquisición europea -el caso de las Instrucciones para el tormento proporcionadas por manuales **ad hoc**- o las matanzas de niños flamencos a cargo de los tercios españoles, debe ser encuadrado dentro de las aberraciones del espíritu humano, un común denominador cultural que abarca a la vez la historia de los pueblos «civilizados» y los pueblos «salvajes».

Los guaraníes vivían en grandes cabañas colectivas denominadas **oga**. Un conjunto de las mismas constituían un poblado o **tava**, próximo siempre a los ríos, donde estos indígenas, mucho más dados a la limpieza e higiene corporales que los conquistadores ibéricos, se bañaban de continuo. Los guaraníes eran diestros canoeros y la canoa monoxila, el **ygaba**, constituyó el veloz transporte fluvial de estos «fenicios de América», como los denominara Hervás.

El término guaraní significa guerrero, y la guerra fué, en efecto una actividad constante de estos insignes viajeros, quienes, buscando la



«tierra sin mal», un paraíso en la Tierra, se dispersaron por una vasta zona de América, en colisión perpetua con otras parcialidades aborígenes. De tal modo llegaron al estuario del Plata navegando aguas abajo por el Río Uruguay casi simultáneamente con Solís, a quien devoraron -hostia humana al fin- para adquirir sus virtudes, mientras que por el Este de nuestro territorio, quizá algunos siglos antes, anegaron con su marea guerrera a los últimos representantes de los remanentes sambaquianos, cuyos **mounds, cerritos o terremotos** excavan actualmente, y con muy buen fruto, los arqueólogos uruguayos.

Entre las diversas plantas de la flora aborígen utilizadas por los guaraníes se encontraban algunas cuyos efectos en el cuerpo y el espíritu de sus consumidores se debían a los principales estimulantes, embriagantes y alucinógenos que contenían. Esta particularidad las convertía en plantas mágicas, sagradas, dignas de

respeto y reverencia, pues eran, sin duda, puentes entre los hombres y los grandes poderes sobrehumanos

### La drogadicción indígena

• Un nuevo tipo de historiadores actuales, mejor informados y menos prejuiciosos que los de un cercano pasado, han demostrado que el consumo de drogas no es un maléfico invento de los «viciosos» de hogaño. Todos los pueblos y en todos los tiempos, por motivaciones rituales, mágicas o religiosas, han consumido sustancias de origen vegetal que afinaban sus sentidos, que adormecían sus facultades o que los transportaban a la **Otra Realidad**, sede de una imaginería fantástica, y, a veces, de terroríficas visiones. Se han hallado restos de tales fármacos en tumbas del paleolítico medio europeo -la **Amanita muscaria** consumida por los neanderthales- y las culturas posteriores, ya del neolítico, ya las de otros



períodos históricos de la civilización o de los pueblos ágrafos, esto es, sin escritura, revelan su consumo por los hechiceros y chamanes o por el colectivo humano en ceremonias de tipo catártico. Estas drogas mágicas fueron conocidas muy tempranamente en América: en la cultura andina de Chavín de Huántar, Perú, parece que las hojas de coca desempeñaban un definido papel ritual casi mil años antes de nuestra era. La antigüedad de tales prácticas permite conjeturar que en los tiempos de la conquista de América por parte de españoles y portugueses los pueblos indígenas ya eran ducho mediante el manejo y administración de hongos, hierbas o frutos en el arte de contemplar con una distorsionada óptica psíquica los paisajes naturales, sociales y mentales de esta vida terrenal o de escapar a las inéditas dimensiones de la **otra realidad**, amén de los viajes a las islas del olvido proporcionadas por las bebidas alcohólicas cuya tipología y técnicas de elaboración y consumo requieren un estudio aparte. Pero es pertinente decir que los guaraníes preparaban el **ca-u-y**, o agua de la embriaguez, obtenida a partir de la mandioca previamente hervida y luego mascada, todo lo cual era depositado en vasijas donde fermentaba aquella, conjuntamente con granos de maíz macerados con saliva, convirtiéndose di-



cha mezcla en una bebida «muy espesa, muy embriagante y muy nutritiva» según narra Hans Staden.

Los especialistas en estos temas dividen a las drogas que alteran las facultades humanas en distintos tipos. L. Lewin (1931) las clasifica en **euphorica, phantastica, inebriantia, hypnotica y excitantia**. En cada tipo existe una larga serie de productos vegetales, pero, a título de ejemplo, y para simplificar, ofreceré un sólo representante de cada una de los mismos. Figuran así entre las especies

eufóricas la coca; entre las fantásticas la ayahuasca; entre las embriagantes la chicha, bebida alcohólica obtenida a partir de la fermentación del maíz; entre las hipnóticas la adormidera, que no existía originariamente en América; y entre las excitantes el mate. La lista es inmensa, pero ahora sería inoportuno siquiera inventariarla, ya que no analizarla.

### El mate de los indios

La yerba mate pertenece al género **Ilex**, cuyas especies americanas comprenden más de 250 representantes. No existe, pues, una única y sola **Ilex paraguariensis** y no **paraguayensis**, como generalmente se escribe, aunque para ser fieles a la gramática latina habría que escribir **paraquariensis**. El nombre del árbol fue impuesto por el naturalista viajero Augusto de Saint Hilaire, quien, de regreso a Francia, organizó una precisa taxonomía de las distintas especies por él coleccionadas a lo largo de su viaje por el sur del Brasil y el Uruguay, entonces Provincia Cisplatina, entre los años 1820 y 1821.

En el Uruguay existen algunos yerbales en Treinta y Tres y Tacuarembó, y no sólo del **Ilex paraguariensis** sino de otras dos especies, **Ilex aquifolium** L. e **Ilex dumosa** Reiss, que no son aptas para el consumo.

Los arroyos Verbal y Verbalito inscriben en nuestro nomenclator geográfico la mención de una presencia botánica que nos vincula con el área clásica de los yerbales que ocupan el Paraguay y partes del Brasil Meridional y el noreste de la Argentina.

Este dato acerca de la proverbial riqueza de yerbales autóctonos en estado de naturaleza, que luego fueron sembrados gracias a la sabiduría agronómica de los jesuitas de las Misiones, es conocido por todos. Pero menos sabido en estas latitudes es que en el Oriente ecuatoriano y en el noreste de la región selvática peruana, denominada Montaña, crece el **Ilex spp.**, que los indígenas, otrora llamados **chunchos** por los Incas utilizaron de modo similar a los guaraníes. Este **Ilex** dio origen a la **guayusa**, una bebida estimulante consumida por los cerbataneros jívaros del Ecuador, quienes la bebían conjuntamente con sus perros antes de emprender largas jornadas de cacería en la selva. Servía también la **guayusa** para estimular a los guerreros, para curar las afecciones de los niños y ancianos y, ¡cuando no!, para poner en la boca de los chamanes palabras brotadas de la clarividencia obtenida merced a la ingestión concentrada de la tisana.

Hoy la **guayusa** ha llegado a las ciudades ecuatorianas pero se la desvirtúa en su más honda esencia. Es decir, se la bebe mezclada con «trago», o sea una bebida alcohólica. De tal modo se produce un

maridaje que, por referirme a un solo caso, los actuales indígenas andinos mambecedores o chacchadores de coca de Colombia, Perú o Bolivia, rechazarían con horror. sagrado: no se debe mezclar el trago, un principio dionisiaco, con la **mama coca**, un principio apolíneo, y digo esto empleando términos y símbolos propios de la tradición cultural europea, y por ende totalmente ajenos a las culturas indígenas americanas. Pero el sentido permanece pese al foso idiomático aunque no conceptual. El trago embota y la cocada aguza los sentidos. Son los representantes de dos dimensiones distintas del espíritu: la fiesta tumultuosa y mundana de los borrachitos y la silenciosa comunión, cuasimística, de los coqueros en la ceremonia del **hallpay**. Esto lo aprendí caminando por los Andes, pero no conviene ahora contarlo

porque nos apartaría del tema, tan concreto y tan nuestro, del mate y su complejo cultural. De todos modos, y para terminar con este asunto hereje de las mixturas, nosotros, los rioplatenses, hemos respetado el viejo sentido indígena del **caá**: se le bebe solo, sin agregarle a la infusión ninguna bebida alcohólica. El **caá-í**.

Cuando llegaron los españoles al Paraguay los guaraníes bebían una extraña tisana, de áspero y amargo sabor, cuyas excelencias eran reconocidas unánimemente por los indígenas. Dicha tisana, llamada **caá-í**, se preparaba hirviendo previamente el agua en un recipiente de barro cocido, producto de la alfarería aborigen, denominada **itacuguá**, es decir, cacharro (**guá**) para el agua (**í**) caliente (**tacu**).

El agua así calentada, y sin duda





hervida, lo cual aseguraba la muerte de microbios y parásitos tropicales de todo tipo, se verfía en una calabacilla cuyo nombre era, como vimos, **caalguá**, y no **mate**, como nosotros decimos, confundiendo la tradición lingüística quechua con la tradición guaranítica. En dicha calabacilla se encontraba la yerba, ya convenientemente preparada y la infusión se bebía mediante una cañita rematada en su parte inferior por un minúsculo filtro de fibras vegetales. Esa primitiva bombilla se denominaba **tacuapí**, esto es, caña (tacua) lijada o alisada (apí), y servía para sorber el líquido sin que los fragmentos de hoja ascendieran hasta la boca del matero. A veces se utilizaba el agua fría, y a esta moda-

lidad se le conoce actualmente con el nombre de **tereré**. Otras veces se mascaban las hojas frescas, o se las empleaba para hacer emplastos. Esto último respondía a una especie de magia simpática. Lo que era bueno como bebida caliente para el cuerpo y el ánimo, dado que los guaraníes se sentían con más disposición para todo tipo de esfuerzo físico y con más claridad mental luego de ingerir la tisana, sería bueno también para curar las enfermedades. Eso sucedió con la coca y con otros vegetales que contienen alcaloides.

La yerba contiene un principio estimulante, dado que su **mateína** es un alcaloide dinamógeno, un dispensador de fuerza corporal, un



matador del hambre, un cordial energético, un aguzador del pensamiento y la percepción. Esto debe quedar muy claro, y así como la **theobromina** constituye el espíritu trevioso del cacao y la **cocaína** es la sustancia eufórica de la coca, la mateína, o cafeína como también se la conoce, confiere al mate, conjuntamente con otros elementos vitamínicos y salutíferos, la virtud que los alcaloides tienen para conjurar el cansancio, desánimo o agotamiento del cuerpo y la mente de los seres humanos.

Los chamanes o **payés** guaraníes empleaban el **caá** en condiciones de preparación y concentración, cuyo secreto desconocemos, para adivinar el futuro, para solucionar situaciones conflictivas del presente, para ahondar y afinar la clarividencia de sus facultades. Los sacerdotes que acompañaban a los conquistadores miraron con malos ojos la utilización de estos métodos y, por extensión, el consumo tribal de las infusiones, hojas mascadas o emplastos de las mismas, previa su maceración.

El Padre Antonio Ruíz de Montoya, en su libro **Conquista**

**espiritual hecha por los religiosos de la Compañía de Jesús en las Provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape, Madrid, 1639**, donde da cuenta de sus conocimientos de las costumbres de los indígenas a lo largo de treinta años de convivencia con ellos, informa que el consumo de la yerba mate pasó de los **payés** a los integrantes de las tribus, y que su difusión masiva era cosa reciente: «Habiendo inquirido con toda diligencia entre los indios de ochenta y cien años el origen del uso de esta yerba averigüé como cosa cierta que en la juventud de aquellos ancianos, ni se bebía, ni era conocida, sino que un insigne hechicero del país, amigo estrechísimo del demonio, fue impuesto por el infernal maestro en que bebiese dicha yerba cuando quisiese escuchar sus oráculos».



La costumbre de tomar mate es cosa diabólica, pues. Toda práctica indígena es así estigmatizada, toda teofanía, o kratofanía indígena se considera pecaminosa idolatría, todo cuerpo de creencias indígenas está signado por la nefasta intervención del diablo. Los indí-

genas infieles son los representantes de las huestes del Demonio, al que se debe combatir mediante la evangelización de aquellas criaturas pervertidas o por la espada, si son renuentes a los dogmas de una religión que, al



cabo, resultaba extraña a sus concepciones del mundo, del trasmundo y de la divinidad. Cuando los musulmanes conquistaron España, los cristianos españoles conquistados combatieron al Islam. ¿Por qué los indios no habrían de combatir a quienes procuraban aniquilar sus antiguos panteones, o por lo menos, resistir a quienes, con violencia espiritual y aún física les imponían un Dios nuevo y una Santísima Trinidad que nunca llegaron a comprender en su doble significación teologal y teológica?

El Padre Pedro Lozano, famoso jesuita madrileño (1697-1752) escribió conceptos similares en su **Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán**, que abarca hasta los sucesos del año 1745 y se publicó recién en el 1875. Allí expresa que los hechiceros utilizaban el mate «para oír oráculos falaces del padre de la mentira, Satanás».

La yerba guaraníca fue conocida y consumida por otras tribus indígenas del Cono Sur, las cuales recurrían al trueque, o a lo que fuera, para obtenerla, tal era su afición a ella. Los Chamacocos, los Caingang y

los Charrúas eran materos, tal como se desprende del testimonio de los historiadores y cronistas.

En este sentido interesa conocer la narración del Padre Jesuita Antonio Sepp, de origen alemán, quien en 1697 publicó en Nuremberg un libro titulado **Viaje a las Misiones Jesuíticas y Trabajos Apostólicos**. Dicho jesuita, en viaje a las Misiones, donde residió luego largamente, se encontró en las riberas del río Uruguay, y en nuestro territorio, con un grupo de indios y aros, una parcialidad caingang, y no charrúa, como se ha sostenido. El padre Sepp nos ha dejado una vívida descripción de su desembarco en el año 1691: «El día 20, al nacer el sol, todo un bando de bárbaros salvajes vino corriendo en dirección de nuestras embarcaciones. En vista de ello, les enviamos nuestro intérprete indagando lo que querían. Respondieron que venían con espíritu de paz y nos ofrecieron algunos caba-

llos en venta. Enterados de esto descendimos a tierra y les preguntamos cuántos pedían por cada caballo. Uno quería alfileres, otro un cuchillo, el otro un poco de tabaco, aquel un pedazo de pan, otro un anzuelo. Uno pedía apenas si un poquito de yerba paraguaya, que no es otra cosa que las hojas secas de determinado árbol que son molidas en polvo. A este polvo los indios le echan agua y de ella beben, y eso debe ser extremadamente saludable. En otra oportunidad hablaré más detalladamente sobre el particular. Compramos, en consecuencia, más de veinte caballos, lindos y grandes, y ningún taler nos costó la compra. ¡Y qué compra! Los bárbaros quedaron muy contentos con el pago, gritaban de alegría, lo que es costumbre en ellos, y nos quedaron muy agradecidos. Había una gran amabilidad entre estos hombres salvajes y primitivos».

Saque el lector consecuencias de lo expresado en este fragmento. Pero así como los indios merecen un laudatorio juicio del religioso alemán, veamos, para terminar este primer capítulo sobre la yerba mate y su consumo por parte de los hijos de la tierra americana, lo que opinaba el propio Sepp de los españoles y sus fechorías. Es oportuno recordar esto. Los actuales defensores del

conquistador y el colonizador peninsulares, implacables durante los primeros cincuenta años del «desbravamiento» y luego clementes y generosos en siglos posteriores, según el juicio de los que desde al otro lado del Atlántico inflan los globos del Quinto Centenario, reciben aquí un mentís terminante. El indígena americano siempre fue mal tratado por los ibéricos. A partir del siglo XVI, el de la conquista violenta, durante el XVII y XVIII tanto los españoles como sus descendientes criollos desalojaron a los indígenas de sus tierras y los sometieron a todo tipo de exacciones y humillaciones. El indio es el ladrón, el pajo, el infiel, el salvaje despiadado a quien en ciertas circunstancias se le tolera -el caso del agricultor cordillerano- y en otras





se le extermina -el caso de los jinetes de las llanuras, ejemplificado por las matanzas del siglo XIX infligidas a los charrúas en el Uruguay y a los pampas en la Argentina.

El padre Sepp, quien creía inocentemente que la Divina Providencia había colocado las cascadas del Salto Grande para impedir el acceso de los españoles a las Misiones Guaraníticas, dice: «Esta caída del río con sus arrecifes estrechos y ásperos, fue colocada allí **ex profeso** por el Creador para mayor beneficio de los pobres indígenas. Todos los padres misioneros están firmemente convencidos de eso. Es que hasta aquí ya llegaron los españoles con sus navíos en su insaciable codicia de dinero. Mas cuando llegaron oyeron: **Non plus ultra**, ni un paso más. Tuvieron por eso que volver a Buenos Aires, y hasta el día de hoy no pusieron los pies en nuestras reducciones, ni pueden realizar ninguna comunión, ningún negocio, ningún tráfico con nuestros indígenas, y ello constituye un beneficio indescriptible. Primero, porque los españoles son propensos a muchos vicios de los cuales nuestros buenos y simples indios nada



saben, pero ellos se los transmitirán si entrasen en contacto. Especialmente, pues los españoles, además, convierten a los indios, a quienes la naturaleza les dió la preciada libertad, en esclavos y siervos a los que tratan como a perros y a bestias, a pesar de que sean indios cristianos, destruyendo todo cuanto a los padres tanto trabajo costó realizar».

No podemos terminar aquí estos apuntes sobre el mate. Solamente nos hemos referido a sus orígenes indígenas. Todo lo que sucedió con el mate entre los criollos durante la Colonia y después de la Independencia, así como la explotación y beneficios de la yerba, cuyos árboles fueron cultivados merced a la sabiduría agronómica de los padres jesuitas, hecho que proporcionó un extraordinario esplendor económico a las Misiones, conforma un apasionante capítulo al cual voy a referirme en la próxima nota.

DANIEL VIDART